

## TALLEYRAND EN EL CONGRESO DE VIENA

---

### I

Un estudio cualquiera de historia general halla entre nosotros dificultades de diversa índole.

A la falta de ambiente y de tradición para ellos, ya señalada (1), se añadè la carencia casi completa de la materia prima de esos estudios : los documentos pertinentes.

Se ha resumido juiciosamente la labor histórica diciendo que « sin documento no hay historia... y que sin crítica no hay documento (2) ».

Ahora bien, ¿ cuáles son los yacimientos documentales de historia general aquí existentes que pueden permitir el estudio renovador y personal de una época cualquiera de esa materia ? Excepto para las edades remotas y para los movimientos religiosos de mayor trascendencia colectiva, especialmente el cristiano, donde la importancia universal del fenómeno incita a una publicación inmediata, a veces facsimilar y casi siempre científica de los hallazgos documentales más recientes, la posición de quien se interesa entre nosotros por la historia general es sumamente desfavorable, con respecto a los que en Europa tienen a su disposición los archivos más ricos, las condiciones morales y materiales más favorables para su trabajo.

Lo más a menudo, y con las salvedades expresadas, no queda en nuestro medio, al que afronta una monografía de historia

(1) CLEMENTE RICCI, *La documentación de los orígenes del cristianismo. Al lector*, páginas I a XII.

(2) CLEMENTE RICCI, *La documentación de los orígenes del cristianismo. Al lector*, páginas I a XII.

que no sea sudamericana, otra alternativa que la de dar una redacción presuntamente personal a lo ya dicho por otros, elaborando así una obra puramente retórica con materiales de segunda o tercera mano, o bien utilizar ediciones de documentos ya aprovechados, en la mayoría de los casos.

A estos inconvenientes se une, cuando se trata de historia contemporánea, y aun de la moderna, el de la ocultación interesada de incidentes y legajos comprometedores. No fué sino cuando hubieron transcurrido varios lustros de la guerra de 1870, que Bismarck confesó haberla provocado (1). Parte de las memorias de Saint-Simon no ha sido aún publicada, por razones de estado, y no es probable lo sea antes de mucho (2). Citamos este ejemplo referente al ilustre memorialista, muerto en 1755, por no recordar los hartos numerosos casos de secuestro oficial de documentos que ofrece la historia contemporánea (3).

Por si esto no bastase, debe tenerse en cuenta la dificultad de establecer la autenticidad de los documentos, dada la forma impresa y el carácter casi oficial con que llegan hasta nosotros en las recopilaciones de fuentes.

¿Qué motivos no fiduciarios, de simple buena fe, pueden atestiguaros la exactitud textual del *Quellenbuch* de Schilling o de las compilaciones de Zeller, Molinier o Defresne ?

¿Cómo verificar la minuciosidad o la probidad con la cual Gervinus, Taine o Jullian han compulsado las fuentes por ellos utilizadas, y tan lejos de nuestro alcance ?

Finalmente, en el tropel de los memorialistas, tan copioso e importante para el período objeto de esta monografía, ¿ cómo distinguir dentro de esa enorme masa confidencial lo que procede realmente de los autores signatarios de cada obra ?

(1) MORITZ BUSCH, *Unser Reichs Kanzler*, volumen I, página 52.

(2) *Mémoires de Saint-Simon. Avertissement*, volumen I, páginas LXIX a LXXI, ed. Hachette.

(3) Secuestro de los papeles dejados por la condesa Castiglione (1899); aplazamientos impuestos a la publicación de las *Memorias* de Talleyrand, al tercer tomo de los *Pensamientos y recuerdos*, de Bismarck, etc. La lista sería realmente interminable.

Sabemos perfectamente que a falta del manuscrito sospechoso y de su filiación material, que nos permitiría la crítica externa de aquél, nos es siempre posible la crítica interna del mismo, su compulsión psicológica y su confrontación con testigos más fidedignos. Pero el aluvión de falsos memorialistas es realmente aterrador, aún limitándose al breve espacio de tiempo dentro del cual se desenvuelve esta monografía.

Es notorio que la tendencia pintoresca y la boga de la novela retrospectiva, evocadora del pasado, a lo Walter Scott, determinó en Francia, y en el segundo tercio del siglo XIX, un verdadero diluvio de confidencias más o menos históricas (1).

Son completa o parcialmente falsas las *Memorias* de Fouché (1824), que, de ser auténticas, serían tan útiles e interesantes; las *Memorias y recuerdos de un par de Francia 1829-1839*, (4 vols.); las *Memorias* de Constant y de Bourrienne, tantas veces citadas... Y se ha sospechado de la autenticidad de las *Memorias* de Talleyrand (2), de Barras (3). ¿Qué publicación póstuma y confidencial de personaje histórico no ha sido tachada de perfidia o de bastardía?

Una sola ventaja, ventaja circunstancial y relativa, puede presentar este estudio fragmentario del Congreso de Viena a través de la actuación en el mismo de Talleyrand, y esa ventaja es la garantía de una completa, leal imparcialidad.

Ese congreso europeo removió demasiadas pasiones, lesionó demasiados intereses para que se le haya juzgado siempre con estrictez. Durante todo el siglo pasado y no poco del presente, gran parte de la política europea ha tendido a deshacer los entuertos, reales o imaginarios, causados por los congresales de Viena al principio de las nacionalidades o a los postulados democráticos de la revolución.

(1) MAIGRON, *Le roman historique*, páginas 205 a 226; HALPHEN, *L'histoire en France*, capítulo III.

(2) Para lo referente a la autenticidad de las *Memorias* de Talleyrand, véase *Lectures historiques*, páginas 71 a 112.

(3) Sobre la historia y autenticidad de las *Memorias de Barras*, 4 volúmenes editados por Hachette, léase la *Introducción general* puesta por George Duruy al primer volumen de esa obra, páginas v a xxv.

Fué necesaria la reunión de un congreso aún más cosmopolita, tropezoso y combatido que el de 1815, para proyectar alguna consideración sobre los autores de los pactos de Viena. En efecto, buenos o malos, esos pactos, fueron algún tiempo respetados y fundaron un estado de cosas que aún no ha perdido todos sus defensores.

El autor de la presente monografía no pretende salvar los inconvenientes que ha puntualizado; pero sí espera evidenciar que ha hecho cuanto de él dependía por eludirlos. Para ello estudiará sucesivamente:

a) Cómo han encarado esa actuación de Talleyrand en el Congreso de Viena los historiadores franceses, en general, y cinco de ellos, Ollivier, Henri Houssaye, Sorel, Debidour y E. Bourgeois, en particular.

Para hacer este estudio especializado, veremos de qué fuentes se han valido los historiadores precitados, y la interpretación que dieron a las mismas;

b) Qué nueva luz arrojan sobre esa conducta histórica del famoso diplomático los informes policiales y secretos que el barón de Hager — director de la « Oberste Polizei und Censur Hofstelle » — envió al emperador Francisco I durante la permanencia y sobre la conducta, conversaciones y correspondencia de los plenipotenciarios vieneses.

Dada la índole monográfica de este ensayo, se colige fácilmente que, para no inflarlo de modo artificial e innecesario, no se recordarán sino por simple alusión los acontecimientos de notoriedad reconocida y que constituyen lo que podríamos llamar el dominio común de todas las historias y de todos los historiadores del Congreso de Viena.

## II

### LOS HISTORIÓGRAFOS FRANCESES DEL CONGRESO DE VIENA Y DE TALLEYRAND

Si nuestro propósito hubiese sido el de estudiar el Congreso de Viena, habríamos dedicado una atención por lo menos igual

a los historiadores alemanes (1), ingleses (2) e italianos (3), que a los franceses. Pero tratándose del estudio preferente de Talleyrand, es natural prefiéramos compulsar la bibliografía francesa, por ser la más abundante y valiosa (4).

Esa bibliografía, como la referente a tantas otras materias históricas, es más abundante que variada y más interesante que justiciera.

Puede dividírsela en dos clases : los memorialistas (Talleyrand mismo, la duquesa de Dino (5) Pasquier (6), etc.), y los historiadores (Thiers, Lacombe, Madelin (7), etc.).

(1) GERVINUS, *Geschichte des 19 Jahrhunderts seit den Wiener Verträgen*, tomo I; O. JAGER, *Geschichte der neuesten Zeit von Wiener Kongress bis zur Gegenwart*, tomo IV, página 320 y siguientes; O. KAEMMEL, *Illustrierte Geschichte der neuesten Zeit der Begründung des zweiten Napoleonischen Kaiserreichs bis zur Gegenwart* (1852-98), tomo II.

(2) *Memoirs and dispatches of Viscount Castlereagh*; ANDREWS, *The Historical development of Modern Europe*, volumen I, capítulo I, páginas 86 a 133; W. A. PHILLIPS, *Modern Europe from 1815*, ed. Rivingtons, capítulo I.

(3) BIANCHI, *Storia documentata della diplomazia europea in Italia dal 1814 al 1860*, volumen I; TIVARONI, *L'Italia durante il dominio francese (1786-1815)*, volumen II, página 467 y siguientes; ORSI, *L'Italia moderna*, página 63 y siguientes; MASI, *Nell'Ottocento*, página 69 y siguientes; reproducida en *La vita italiana nel Risorgimento*, volumen I, página 99 y siguientes.

(4) Existe, sin embargo, en alemán un excelente estudio sobre Talleyrand de lady Blennerhasset, traducido al inglés por Frederick Clarke y editado por la casa Murray, 2 volúmenes.

Al final de este ensayo enunciaremos la bibliografía efectivamente consultada para la redacción del mismo, a más de la que hayamos indicado en estas notas.

(5) La *Chronique de la duchesse de Dino*, 4 volúmenes, abarca un período distinto y posterior al del Congreso de Viena (1831-1862); pero por la intimidad existente entre la redactora de esa crónica y Talleyrand, se pueden consultar con provecho el tomo I y las 250 primeras páginas del II.

Más interesantes que los recuerdos de la duquesa de Dino, aunque menos referentes a Talleyrand, son las *Memorias* de la espiritual condesa de Boigne, de las que existen dos ediciones, una de Plon, en 4 volúmenes, y otra de Emile Paul, aún inconclusa.

(6) PASQUIER, *Histoire de mon temps*, 6 volúmenes (especialmente los 4 primeros).

(7) Aunque Madelin no ha publicado todavía su anunciada historia del Consulado y del Imperio (incluida en el plan de *L'histoire de France racon-*

Desde nuestro punto de vista, puede dividirse a los primeros, a los memorialistas, en enemigos y amigos personales de nuestro héroe. Proceden todos de una época en que era imposible permanecer indiferente a las cuestiones vitales removidas. Talleyrand actuó demasiado, y harto destacadamente, para que lo hayan juzgado siempre con imparcialidad, no ya sus contemporáneos, pero ni tan siquiera los herederos del estado de cosas que él contribuyó tan decisivamente a crear.

### III

#### LOS MEMORIALISTAS

De entre los memorialistas, ninguno, sin duda, más importante que el propio Talleyrand.

Desdichadamente, esas memorias despiertan toda índole de sospechas.

Se descontaba de antemano (1) que no contendrían indiscreciones, y que Mauricio de Talleyrand Perigord se acicalaría para presentarse ante la posteridad, tal como creyó conveniente, poco antes de morir, despedirse protocolarmente de este mundo, en el que tanto había mistificado, mediante una reconciliación *in extremis* con esa Iglesia católica en la que tan poco había creído.

Tanto por la forma harto indirecta mediante la cual las *Memorias* han llegado hasta nosotros (2), como por las diferencias

*tée a tous*, ed. Hachette), en su tesis sobre *Fouché*, 2 volúmenes, hace frecuentemente mención del carácter y de la conducta de Talleyrand en la época que nos interesa.

(1) SAINTE-BEUVE, ... *je ne crois pas que la publication de ses « Mémoires », tant désirée et tant ajournée, si elle se fait jamais, y aide beaucoup* (a los futuros biógrafos de Talleyrand), *Nouveaux lundis*, volumen XII.

(2) Se sabe que el manuscrito publicado en 1891 a 1892 por el duque de Broglie no era sino una copia del legado por Talleyrand a su sobrina M<sup>me</sup> de Dino. Antes de llegar a nosotros esa misma copia, hecha por M. de Baccourt, ha pasado por las siguientes manos: las de los señores Andral y

de estilo y las demasiado oportunas amnesias históricas del memorialista, la obra suscita todo género de desconfianzas.

Se preveía juiciosamente que no nos brindaría Talleyrand una orgía de sinceridad como la de las confidencias de Rousseau. En cambio, la malignidad pública esperaba de él un mayor desenfado, represalias más enérgicas contra sus enemigos, malignidades más frecuentes, explicaciones más francas, por lo menos, en lo que atañe a los hombres y a los asuntos públicos.

Se cuenta que en una conversación con ese mismo Talleyrand, Fouché, digno interlocutor suyo, inició así una anécdota de tiempos del terror:

— Robespierre me dijo: duque de Otranto, id a la Municipalidad...

— ¡Cómo!— interrumpió Talleyrand — ¿érais ya duque de Otranto?

El ex obispo de Autún tenía mejor tacto que el ex oratoriano y sabía olvidar de su pasado revolucionario lo que era incompatible con su situación de príncipe del Imperio, de ministro del «Rey Muy Cristiano» y de embajador del monarca liberal surgido de las «tres gloriosas».

De ahí que sus *Memorias* estén llenas de reticencias significativas y de silencios elocuentes.

Escritas, lo más a menudo, en el estilo límpido y elegante del siglo XVIII, dan una idea perfecta de lo que eran la conversa-

Chatelain, legatarios de Bacourt, y las del duque de Broglie, de probidad personal e intelectual insospechables.

Pero, ¿qué se hizo el manuscrito original de las *Memorias*, transmitido seguramente por la duquesa de Dino a Bacourt y, quizá, por éste a los señores Andral y Chatelain? ¿Qué interés pudo haber en substraer ese documento, de ser fiel la copia que del mismo se nos lega? ¿Y puede admitirse, dada la importancia de ese documento, que se haya extraviado sin que sepamos las condiciones y la persona mediadora en ese extravío?

Se explican, pues, de sobra los reparos que oponen a esa obra historiadores como Welschinger, Aulard y Funck-Brentan.

El mismo Sorel, en el ensayo citado, se limita a suponer auténticas, «hasta prueba de lo contrario» (pág. 78), los trozos publicados, sin negar la posibilidad de mutilaciones interesadas y, menos aún, la evidente falta de sinceridad del memorialista.

ción y el ingenio en esa época de egoísmo sonriente y de epicureísmo mundano (1).

En resumen, a pesar de su valor literario casi constante (2), y de su importancia documental, a veces preciosa (3), Talleyrand ha recordado demasiado — como lo dice Sorel (4), — que al componer sus *Memorias* « los hombres como él no escriben por el placer de decir la verdad ; sino que también actúan, negocian o intrigan, cuando redactan », para que se pueda confiar en las escritas por el príncipe de Benevento. Ello no obstante, las partes referentes a sus recuerdos de infancia, al Congreso de Viena (5) y a la embajada de Londres (6) son indispensables a todo biógrafo de Talleyrand y a todo historiador de esos últimos acontecimientos.

Para el psicólogo, para el estudioso de la amoralidad política del más genial que « humilde — como él gustaba llamarse — servidor de las circunstancias », nada más útil que los pasajes relativos al asunto del duque de Enghien (7) y a las negociaciones referentes a la integridad de la Sajonia y a la restauración borbónica en las dos Sicilias (8). Pasajes bien contradictorios con la verdad de los hechos y con las declaraciones de principios políticos consignados en la primera parte de la obra (9).

No es necesario advertir que las *Memorias* de Talleyrand y la

(1) ¿ No reconoce M<sup>me</sup> de Stael deber mucho, en materia de estilo, a Talleyrand ? (Carta a Talleyrand, citada por lady Blennerhasset y A. Sorel.)

(2) Pasquier, Vitrolles, Pingaud y Sorel mismo, afirman o demuestran que, para la redacción de sus *Memorias*, Talleyrand se sirvió de diversos colaboradores.

(3) La convocación napoleónica del Concilio nacional de 1811 ; los retratos de Choiseul, Sieyes, Felipe Igualdad y Calonne, comparables a los pasteles más alucinadores de Latour.

(4) *Lectures historiques*, página 81.

(5) *Ibid.*, volúmenes II y III.

(6) *Ibid.*, volúmenes III y IV.

(7) *Ibid.*, volumen III ; en la página 292 del capítulo I lo califica de asesinato que « no puede ser ni excusado ni perdonado ».

(8) *Ibid.*, volumen II, página 288 y siguientes.

(9) Especialmente, páginas 228 y 253 del volumen I.

*Crónica* de la duquesa de Dino representan eminente, y casi exclusivamente, a los memorialistas defensores de Talleyrand, de su política y hasta de las más sospechosas de sus actitudes (1).

Si esos testimonios son los más entusiastas sobre el príncipe de Benevento, no son los únicos que, dentro de la literatura confidencial, le sean favorables. El conde de La Garde-Chambonas, diletante de la diplomacia y de la literatura, nos muestra reverentemente a Talleyrand en Viena « rodeado de todas las cumbres diplomáticas, de todos los ministros de las potencias victoriosas que lo escuchan, de pie, de igual modo que los escolares escuchan las lecciones de su maestro (2) ». Villemain, en sus *Souvenirs contemporains d'histoire et de littérature*, ha pedido para el príncipe, ya que no un pedestal, por lo menos circunstancias atenuantes.

« El señor de Talleyrand, dice Villemain, ha sido juzgado severamente y, a veces, calumniado, como ocurre con todos los estadistas que han prosperado largo tiempo bajo temperaturas y condiciones muy disímiles. Los hombres no perdonan la continuidad del éxito, sobre todo si sobrevive a una extrema movilidad de circunstancias. Ese favor perpetuo de la fortuna, soportable hasta cierto punto en una antigua y tranquila monarquía, es sospechoso e irritante en época revolucionaria; y se trata entonces de explicarlo con los motivos más maliciosos. Obligados los mal pensados a reconocer la habilidad del ingenio, acusan al « carácter del triunfador », y suponen que, para vencer siempre, es menester haber traicionado a menudo. En realidad, el señor de Talleyrand no traicionaba a nadie; pero retenía

(1) Es particularmente interesante el relato epistolar hecho por la autora de la *Crónica* al entonces abate Dupanloup, de los últimos años del príncipe, y firmado con el título, en ella flamante, de « duquesa de Talleyrand. Duchesse de Dino », *Chronique de 1831 a 1862*, volumen II, páginas 226 a 245.

(2) LA GARDE-CHAMBONAS, *Souvenirs du Congrès de Vienne*, página 54. Publicados esos recuerdos en 1820, en vida, no solamente del autor, sino también de Talleyrand, se explica que La Garde-Chambonas, pensase lo que pensara, haya preferido no malquistarse una voluntad tan activa e influyente aún entonces, sobre todo para un ex diplomático, como la del príncipe de Benevento.

poco a los que veía resbalar hacia el abismo; y los olvidaba pronto, una vez caídos. Incapaz de dar un consejo perverso, enemigo de la violencia por inclinación natural y por cordura, no se retiraba cuando se producía el primer exceso de poder. Lo vituperaba suavemente, lo resistía con ingenio, lo bastante como para no romper con el que lo ejercía, aunque lo suficiente como para desprender la propia responsabilidad. Sin ardor afectuoso, carecía también de rencores; y, en su larga carrera, si no ha hecho siempre el bien, no ha estimulado nunca al mal, ni sostenido a la opresión (1). »

Hemos citado extensamente este juicio porque, sea cual sea su veracidad, representa entre los memorialistas contemporáneos del que lo inspira un ejemplo único; el de la imparcialidad sentimental, el de un escritor connacional de Talleyrand, coetáneo suyo en cerca de medio siglo, y que no habla de él para exaltarlo ni para denigrarlo.

En cambio, ¡qué sobradamente no está representada, en todos sus matices, la opinión que le es adversa, hostil, implacable!

Desde los alfilerazos de la condesa de Boigne hasta las diatribas apasionadas, vengativas de Napoleón y Chateaubriand, nada falta en ese crescendo rencoroso, en ese *di es irae* aún hoy sin crepúsculo, puesto que se prolonga, como un eco, en los historiadores que marcan esos alfilerazos y hacen suyas esas diatribas.

Comenzando por Él, por el César moderno, hay que reconocer que pocas veces Napoleón ha conservado tan celosamente un rencor como el que ha mantenido hacia su ex gran Chambelán. Perdonó a Marmont, disculpó o atenuó, en sus años de cautiverio, todas las defecciones menos dos: la de Talleyrand y la de Fouché. El *Memorial de Santa Elena* es sangriento con ellos y a veces los une en la misma filípica (2). Y para saber lo que pensaba del primero de ellos, basta con recordar el siguiente retrato, demostrativo, una vez más, de que el odio, como el amor es una fuente de conocimiento: «Talleyrand traicionaba continuamente, pero lo hacía en complicidad con la fortuna. Su

(1) VILLEMMAIN, *Souvenirs contemporains*, volumen I, páginas 92 y 93.

(2) Fouché era el Talleyrand de los clubs; Talleyrand era el Fouché de los salones.

circunspección era extremada; se conducía siempre con sus amigos como si debiesen ser sus enemigos, con sus enemigos como si pudiesen convertirse en sus amigos. Dos veces esperó, durante cuarenta y ocho horas, plenos poderes para tratar en Viena la paz en mi nombre. Pero me hubiese avergonzado de prostituir así mi política, y, sin embargo, a ello debo quizá el destierro de Santa Elena, pues no desconozco que posee un raro talento, y que puede en cualquier momento pesar decisivamente en la balanza. »

Chateaubriand encuentra cómo superar la acrimonia de este retrato, y llega a estampar, atenuándola, en sus *Memorias de ultratumba*, la definición de Talleyrand que se atribuye por igual a Napoleón, al marqués de Lauderdale y a Fox: « Es lodo (?) en una media de seda. »

Hasta Vigny, el manso y meditativo gran poeta, olvida los consejos del doctor Noir, y cuando muere Talleyrand le redacta, en su *Diario*, este epitafio: « Fué el prototipo del perjurio elegante y recompensado (1). »

¿ Qué matiz del rencor, del odio o de la simple antipatía no halla cabal representación en Pasquier (2), Barras (3), Roederer (4), Marmont (5), Guizot y tantos, tantos otros ?

(1) *Journal d'un poète*, año 1838.

(2) PASQUIER, *Histoire de mon temps*, 6 volúmenes (especialmente los 4 primeros de 1789 a 1820).

(3) BARRAS, *Mémoires*, 4 volúmenes. El índice alfabético del último tomo resume, en más de dos páginas (528 a 529), todo lo que contiene la obra contra Talleyrand. Basta echarle un vistazo para advertir la severidad con que el hombre austero que fué Barras (!) juzga a su ex ministro de Relaciones exteriores. He aquí algunas de las minucias que achaca al ex obispo de Autún: « valerse de las mujeres para medrar (*faire marcher les femmes*) »; « poseer todos los vicios del antiguo y del nuevo régimen »; « ser un lacayo... y un hombre de genuflexiones », etc. Sí, como no es imposible, todo esto es cierto. ¿ Qué bien se explica que Talleyrand y Barras se hayan entendido por algún tiempo !

(4) ROEDERER, *Autour de Bonaparte*. En esta obra se halla el relato más fidedigno de la violenta escena de reproches hecha por Napoleón a Talleyrand, el 29 de enero de 1809. Montholon (*Souvenirs de Sainte-Hélène*) y Pasquier también la consignan.

(5) *Mémoires de Marmont*, de 1792 a 1841, 9 volúmenes.

No hubiésemos dedicado tanta atención a los memorialistas que se han referido a Talleyrand, de no ser tan importante esa literatura confidencial en la redacción de la historia contemporánea. Dada la escasez y el retraso con que se publican los documentos oficiales no oficiosos, la literatura confidencial, interesada o no, legítima o bastarda, se convierte en el andamiaje de la historia más próxima a nosotros.

La *Historia de la Revolución*, de Thiers, está hecha a base de memorias; su *Historia del Consulado y del Imperio*, a base de recuerdos de los contemporáneos, públicos o inéditos (1), y, en no pequeña parte, mediante confidencias de que era testigo único. De él podía decirse, pues, mejor que de otro alguno, que se le debía creer bajo palabra de honor.

Ahora bien, cuando se trata de un hombre que ha suscitado tantos odios, manejado tantos intereses y servido regímenes tan diversos como Talleyrand, juzgarlo preferentemente por las deposiciones de sus enemigos es exponerse a desconocerlo y a ser injusto con él.

Es, sin embargo, lo que ha hecho la mayoría de los historiadores franceses del siglo XIX y buena parte de los del presente.

#### IV

##### LOS HISTORIADORES

La característica de buena parte de los historiadores franceses del Congreso de Viena es la de hacer, más que historia, política retrospectiva.

Michelet (2), que ve en la restauración la ruina total de la

(1) Compulsó parcial o totalmente las *Memorias* de Talleyrand.

(2) Sobre Michelet historiador puede consultarse provechosamente el volumen I, páginas 111 a 213, de las *Questiones de religion et d'histoire* del duque A. de Broglie.

A. France juzga así lo que llama el estilo definitivo de Michelet historiador: « Michelet ha tenido siempre propensión al enternecimiento, ha vertido suaves lágrimas sobre Maillard, ese hombrecito escrupuloso que introdujo el expedienteo en las matanzas de septiembre. Pero como el en-

obra revolucionaria, fulmina contra la reintronización internacional de los Borbones y contra ese « Luis XVIII [que] con su instintiva falsedad... tuvo el placer de confiar esa labor de ingratitud (la campaña legitimista), al hombre que más le debía a Alejandro, a Talleyrand, a quien el zar le había hecho el honor de residir en su casa de París (1) ».

Si Michelet, que terminó su *Historia de la Revolución*, en 1853, ataca al segundo imperio, al través del primero y de la Restauración, pronto veremos a un ex ministro (2) de Napoleón III defender la propia política, yendo a buscar sus adversarios en la Restauración y en el Congreso de Viena.

Rasgo que hubiese confirmado en su excepticismo a Talleyrand, en ambos casos los representantes de esas tendencias extremas coinciden en denostar al ex obispo de Autún.

Si Michelet y Ollivier hacen política retrospectiva, por apasionamiento partidista, Thiers la hace, en su *Historia del Consulado y del Imperio*, por la imposibilidad de no practicarla. Para Thiers la historia era, no pocas veces, un medio de encarar los problemas internacionales, administrativos o bélicos y resolverlos teóricamente, un entrenamiento conveniente para afrontar las cuestiones contemporáneas de la tribuna o el gobierno.

A pesar de haber comenzado por representar a la que Chateaubriand denominó « escuela fatalista (3) » y de admitir con Montesquieu el principio según el cual los hechos sociales también están regidos por leyes, « es decir, relaciones necesarias

ternecimiento conduce al furor, se pone de pronto furioso contra las víctimas. ¿ Qué se le va a hacer ? En eso consiste el sentimentalismo moderno. Se compadece al asesino, pero se considera que la víctima es imperdonable. » (*Le crime de Sylvestre Bonnard*, ed. de 1881.) Pasaje citado por A. Michaut y desaparecido de las ediciones posteriores de la obra mencionada.

(1) MICHELET, *Du 18 Brumaire à Waterloo*, página 360 y siguientes. ¿ No es curioso ver al democrático Michelet reprocharle a Talleyrand ser ingrato con el zar, que le ha hecho el honor de hospedarse en su casa ?

(2) Emilio Olivier.

(3) CHATEAUBRIAND, *Études historiques*, página 46, editor Garnier. El prefacio de Chateaubriand, en que se consigna la frase precitada, ha servido de base a casi todos los estudios sobre la historiografía francesa hasta el primer tercio del siglo XIX.

derivadas de la naturaleza de las cosas » : aunque nos habla a menudo de la revolución « infalible » y del encadenamiento « necesario » de las causas y de los efectos y de la imposibilidad material de evitar los acontecimientos. Thiers, en su *Historia de la Revolución, del Consulado y del Imperio* (1), nos da a entender muy a menudo que las cosas habrían transcurrido distinta y preferiblemente de haber intervenido él en ellas.

Retirado de la acción gubernativa en 1840, por el triunfo de Guizot, su rival político, Thiers decide continuar su *Historia de la Revolución*, abandonada diez años antes.

En el tomo décimooctavo de la *Historia del Consulado y del Imperio*, aparecido en 1860, en pleno segundo imperio, Thiers estudia la actuación de Talleyrand en el Congreso de Viena.

Como se sabe, Thiers comenzó por ser visitante asiduo y admirador respetuoso del anciano diplomático. Madame de Dino, en varios pasajes de su *Chronique* (2), nos demuestra que esas relaciones se nublaron momentáneamente hacia el año 1836.

Lo seguro es que el historiador no pierde la oportunidad de criticar la conducta de Talleyrand en ese congreso. En su opinión, la política francesa fué mediocrementemente certera.

Talleyrand tuvo el « arte y el mérito », desde los primeros momentos, de reconquistar para la Francia un puesto honorable entre las potencias congregadas. En cambio, se equivocó al ponerla a remolque del Austria y de Inglaterra, pues debió más bien hacer liga con la Rusia y la Prusia. Lo acusa de haber hecho una elección precipitada de alianzas, en vez de aprovechar las divergencias de los vencedores para defender mejor los intereses de la Francia, harto sacrificados a los de la Sajonia y a ese principio dogmático de la legitimidad, que nadie tomaba en serio (3).

Se explica sobradamente que Thiers, derribado del ministerio por la política inglesa, en el mismo año de 1840 en que reanuda sus tareas de historiador, combata, aun retrospectivamente, un acuerdo con la potencia a la que quiso hacer la guerra.

(1) Veinte volúmenes editados, de 1845 a 1862, por Paulin et compagnie.

(2) *Chronique*, volumen II, páginas 104 y 120.

(3) *Histoire de l'Empire*, volumen IV, páginas 326 a 327, editor Jouvet.

Pero aún prescindiendo de explicaciones conjeturales, no es menos cierto que estos reproches de Thiers están en pugna con su concepción determinista de la historia y que, con esa política, Talleyrand consiguió, en 1815, hacer reingresar a la Francia en el concierto de las grandes potencias. Exactamente lo contrario de lo que a ella procuró Thiers con su política anglófoba de 1840.

Sin olvidar que, como lo subraya espiritualmente Sainte-Beuve (1), son esas cuestiones más fáciles de razonar, una vez producidos los acontecimientos, que de discernir con claridad cuando se vive en medio de ellos.

A la obra de Thiers, no menos que a la de Michelet, conviene lo que éste declara en el último tomo de su *Historia de la Revolución*. «Este libro ha sido hecho en parte con mis recuerdos (2).»

Y no se puede desconocer que tanto los «recuerdos» de Thiers como los de Michelet se bañan en una atmósfera afectiva que suele desnaturalizarlos.

La excusa relativa de estos historiadores reside en su ignorancia de los legajos documentales posteriormente publicados. Las *Memorias y documentos de Metternich*, la *Correspondance de Wellington*, la correspondencia entre Luis XVIII y Talleyrand, los memoriales de Gentz, las *Correspondenze di diplomatici della Repubblica e del regno d'Italia*, dirigida por C. Cantú, todas estas publicaciones, hoy básicas para la eurística del Congreso de Viena, no aparecieron sino entre los años 1860 al 91. En cambio, nada puede excusarlos de haber suplido la documentación de que carecían con el espíritu de partido de que estaban sobrados; aunque, como no tardaremos en verlo, ese espíritu de partido dista mucho de quedar desplazado por la documentación.

(1) SAINTE-BEUVE, *Causeries du lundi*, volumen XV, página 92.

(2) *Du 18 Brumaire à Waterloo*, nota de la página VI.

V

OLLIVIER, HENRI HOUSSAYE, SOREL, DEBIDOUR  
Y EMILIO BOURGEOIS

No puede darse nada de más distinto y a la vez de más representativo que los cinco historiadores del Congreso de Viena que vamos a considerar en este capítulo.

De ellos, sin ninguna duda, los tres primeros, por su mayor cultura, por sus quilates intelectuales de comprensión sagaz y de bello estilo sobrepujan en mucho a los otros dos, que no son, dentro del género histórico, más que honestas medianías.

Emilio Ollivier fué un vencido, pero no un resignado; jefe del ministerio liberal derribado por los primeros desastres franceses del 70, ha escrito, en su retiro forzoso de la vida pública, una vasta obra histórica titulada *L'Empire libéral* (1). Septuagenario, siempre achacoso y pronto ciego, ese hombre que fué por algún tiempo el más impopular de Francia, prosigue durante cerca de veinte años la propia rehabilitación y la defensa de la tendencia política en que militó. Para Ollivier, la labor histórica fué, aún más duradera y cruelmente que para Thiers o para Guizot (2), la única prolongación posible de la actividad partidaria interrumpida.

Para hacer esta doble defensa, Ollivier, que no olvida su profesión inicial de abogado, ha redactado un alegato elocuente y al que hace poco Bergson dedicó un elogio entusiasta. «No conozco — afirma de ella el filósofo — obra alguna que atestigüe una erudición más vasta ni cualidades más variadas. ¡Qué admirables dotes evocativas! ¡Cuánta finura penetrante!... Y un arte que recuerda, a veces, el de Sainte-Beuve; en ocasiones el de Saint-Simon (3).»

(1) EMILE OLLIVIER, *L'Empire libéral*, 17 volúmenes.

(2) Caída la monarquía de Julio, Guizot se retira de la vida pública, e inicia, en 1858, la edición de sus *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, 8 volúmenes. En el primero de éstos, página 36, hay un interesante retrato de Talleyrand. En el mismo tomo, página 81 y siguientes, se estudia la situación de aquél, en Viena, al comienzo de los Cien Días.

(3) H. BERGSON, *Discurso de recepción en la Academia francesa*.

En ese alegato, que merece sin duda los elogios transcritos, Ollivier, recordando una frase de Bossuet según la cual « el que desea comprender fundamentalmente las cosas humanas debe cernirse sobre ellas », comienza por reseñar la situación europea de 1815, para explicarnos la formación y caída del imperio liberal en 1870 (1).

El capítulo primero está casi íntegramente dedicado a Talleyrand. No menos de cincuenta páginas destina Ollivier a trazar un aguafuerte de Talleyrand, en la que, por cierto, no se escatima el ácido (2).

La opinión del autor de *El imperio liberal* sobre el famoso diplomático es muy simple; resume todas las acusaciones de los memorialistas del primer imperio. Así, pues, Talleyrand es un ingenio puramente destructivo de la más desoladora mediocridad para cualquier labor creadora (Napoleón y Metternich); es rastrero (Lannes); venal (Pasquier); vicioso (Vitrolles); traidor (Macdonald); etc., etc. (3).

¿Cuál ha sido su conducta en Viena? Es lo que Ollivier nos explica complacientemente.

Talleyrand triunfa en el Congreso, pero harto fácilmente y a expensas de la Francia. Proclama legítimas y hasta bienhechoras las disminuciones impuestas a su patria. Su éxito es el de un plenipotenciario francés que, debiendo negociar en Berlín, comenzase por felicitar a los prusianos de haber conquistado la Alsacia y la Lorena. Es ingrato con la Rusia y traidor una vez más hacia la Francia. Su ingratitud es interesada y su traición magníficamente retribuida. Su coima por defender la « legitimidad » del rey de Sajonia es de cuatro millones. En lo referente a los asuntos de Nápoles, fué lo bastante hábil como para dejarse sobornar a la vez por Murat y por Fernando (4).

Ahora bien, ¿ en qué fuentes se apoya el autor de *El imperio*

(1) *L'Empire liberal*, volumen I, Introduction.

(2) *Ídem*, páginas 35 a 88. Ollivier debía estar satisfecho de este pasaje de su obra, pues lo publicó previamente en *La revue des deux mondes* el 15 de septiembre de 1894.

(3) *Ídem*, páginas 36 a 52, volumen I.

(4) *Ídem*, páginas 63 a 73.

*liberal*? En esos memorialistas tan poco dignos de confianza, y que ya hemos estudiado. Y no se crea que los elige al azar. Nada de eso. No hay allí un solo pasaje de los memorialistas afectos o simplemente imparciales hacia el príncipe de Benevento; ni una frase de La Garde, Madame Remusat. No; las autoridades en que se apoya Ollivier son Napoleón, Chateaubriand, Pasquier...

¿Qué pensaría este autor de una historia del imperio liberal y del primer ministro de julio de 1870 escrita a base de los discursos de Gambetta, Ferry, Bancel, Julio Favre y de los artículos de Rochefort, Duvernois y Cassagnac?

Ollivier no pierde la oportunidad de la muerte de Talleyrand para hacer cumplida justicia al personaje. Para explicar el éxito «desmoralizador de la buena fortuna» de ese cínico, el infortunado político bonapartista recuerda que «los que cifran su patriotismo en detestar a Napoleón han convertido a Talleyrand en un estadista extraordinario (1)».

¿No tenemos el derecho de pensar que, por cifrar su patriotismo en exaltar a Napoleón, quieren otros convertir a Talleyrand en una nulidad servida, no menos por su cinismo que por su buena estrella?

De otro modo, ¿recurriría Ollivier a la dudosa fuente de información en que bebe, a esos cronistas y confidentes anecdóticos, legítimos antecesores de los periodistas actuales?

Obra apasionada y casi siempre elocuente, *El imperio liberal* merece a menudo la admiración, rara vez una confianza sin reservas. Es uno de los más bellos alegatos históricos de nuestros tiempos. Y Ollivier, como suelen hacerlo los grandes abogados, pone todo su talento en defender causas inganables.

La producción histórica de Henri Houssaye difiere en mucho de la de Ollivier.

No es menos estimable y sí, seguramente, más sólida.

Se sabe perfectamente la transformación sufrida (*gozada*, nos parecería más lógico) por Enrique Houssaye historiador. De sus primeros frescos de evocación decorativa, pintados con lo que

(1) *Ídem*, páginas 287 a 291.

había de más vistoso en la paleta romántica (1), a las obras de la madurez, realmente áticas por la elegancia del relato, la límpida ordenación del plan y la sobriedad clásica del estilo, median distancias abisales que cuesta admitir hayan sido franqueadas en el espacio de una vida. Más que de un hombre, la evolución experimentada por Enrique Houssaye historiador, parece la que separa intelectualmente a dos generaciones (2).

La historia de la caída del primer imperio, *1814 y 1815*, ésta última en tres volúmenes, es la obra capital de Houssaye.

« Hemos buscado concienzudamente la verdad, declara Houssaye en el prólogo de *1814*. A riesgo de rozar todas las opiniones, hemos querido no omitir nada, no velar nada, no atenuar nada (3). »

Y los jueces más autorizados : Vandal, Madelin, Lemaitre (4), concuerdan en celebrar la escrupulosidad impecable de Houssaye, quien alcanzó una tal reputación de exactitud que sus libros sirvieron para el estudio de la estrategia napoleónica, en la Escuela superior de guerra (5).

(1) *Histoire d'Alcibiades*, 2 volúmenes, 1873 ; *Histoire d'Apelles*, 1868 ; *Athènes, Rome, Paris*, 1878, etc.

(2) Páginas 123 a 146.

(3) *1814*, prefacio, página VIII.

(4) VANDAL. « Él (Houssaye) considera que su deber de historiador consiste, primero, en conocer perfectamente los hechos y, luego, en contarlos más bien que interpretarlos, en narrarlos tan claramente, tan francamente y con tanta vivacidad que hablar por sí mismos. Una labor heroica, un esfuerzo inmenso de investigación y de comprobación se han permitido ceñir en cuanto es posible hacerlo la verdad total. » (*Le Gaulois*, 18 de marzo de 1905.) Pasaje citado por L. Sonnolet en su estudio sobre H. Houssaye ; LEMAITRE : « Otros han demostrado que el relato de Henry Houssaye es definitivo ; que si la verdad histórica reside en alguna parte, es allí... yo no soy historiador, no quiero sino señalar el extraordinario vigor emotivo de un libro que, ni por un momento, tiende a conmover. » (*Opinions à réprendre*, pág. 278.) MADELIN : « Ya estamos habituados a ver al historiador no descuidar ninguna fuente. Houssaye nos ha precedido a todos en este camino, y es él que nos lo ha mostrado. » (Introducción a *Jena* de H. Houssaye, pág. XLIII.)

(5) SONNOLET, *Henry Houssaye*, página 52. Como prólogo a *La patrie guerrière*, obra póstuma de Henry Houssaye (1913), el mismo Sonnolet ha

Desdichadamente, como lo ha dicho Ranke, la historia contemporánea embriaga. Henry Houssaye ha hecho historia contemporánea y reconocido que su imparcialidad no supone indiferencia.

En el relato que nos hace del Congreso de Viena, trataremos de demostrar que el evocador de la caída de Napoleón no es imparcial ni justo; comprobaremos, seguramente, que el historiador impecable ha cometido, por lo menos, un error.

Con todo, debemos reconocer la enorme superioridad documental de las obras de Houssaye sobre todas las que las precedieron en el estudio de la historia contemporánea.

Las fuentes por él utilizadas no sabrían ser más fidedignas: actas, protocolos, correspondencias, memoriales diplomáticos, tratados internacionales, instrucciones secretas, etc. En su casi totalidad, documentos de primera mano y utilizados por primera vez en ese relato. Con muy buen acuerdo, Houssaye desdeña recurrir a los memorialistas confidenciales, no citando de entre ellos, con alguna frecuencia, sino a Talleyrand — lo que se explica por ser el único indispensable, aunque no sea más fidedigno que los otros — y muy parcamente a Meneval (1).

El capítulo referente al Congreso de Viena comienza en 1815, con una enumeración de la « multitud de pueblos » a cuya soberanía o protección renunció la Francia, una vez derrotado Napoleón, por el tratado de paz del 30 de mayo de 1814.

El autor, que explica tan cuerdamente como Talleyrand no pudo menos de firmar ese convenio impuesto por la ley del más fuerte, hace quizá mal en no recordar que la « multitud de pueblos » tan complacientemente enumerada y que allí parece abandonada por desidia o complicidad de los plenipotenciarios franceses, fué incorporada o avasallada a Francia por la victoria, y era natural que, cuando ésta cambió de banderas, esos pueblos

publicado un estudio aún más completo sobre el historiador de la caída de Napoleón.

(1) Basta echar un vistazo a la *Memoria* de Gentz al Hospodar de Valaquia, para advertir que no tiene nada que ver con las « memorias » como género histórico-confidencial.

se dispersasen en virtud de la misma ley de violencia que los había congregado.

El propio y exquisito buen gusto, a falta de una perfecta imparcialidad, veda a Houssaye las intemperancias de lenguaje y de opinion, frecuentes en Ollivier o Michelet. Su historia, en parte anecdótica, en parte doctrinaria, devana con admirable seguridad el ovillo complicado de la política del congreso de las intrigas de los congresales. A este respecto, *1815* compendia fielmente cuanto el autor halló y podía hallar a su alcance (1). Allí se refiere con la más completa objetividad, sin una frase de elogio ni de vituperio, toda esa admirable « campaña de Viena » en la cual, después de haber vencido las resistencias y desconfianzas que se le opusieron, después de haber conquistado para la Francia, celosamente aislada, el apoyo y la simpatía de los pequeños estados que la consideraban como su protectora, Talleyrand la restaura en el rango de las grandes potencias, aliándola con Inglaterra y con Austria.

Entonces el gran historiador evidencia claramente que la imparcialidad no se confunde en él con la indiferencia, y que sus simpatías no están con el plenipotenciario de Luis XVIII ni con la actuación diplomática del mismo. En medio del estilo preciso y severo habitual del Houssaye de la madurez, las pupilas que le inspira la conducta de Talleyrand resultan aún más cáusticas (2).

Se equivoca, sobre todo, cuando, como es poco menos que tradicional, considera un error de Talleyrand el no haber aceptado la absorción por la Prusia de la Sajonia y la constitución para el monarca de ésta, católico, primo de Luis XVIII y fiel aliado de Francia, de un nuevo reino en la frontera del Rhin, más tranquilizador para Francia que la vecindad prusiana. Al

(1) Capítulo III, página 123 y siguientes.

(2) También Houssaye reprocha a Talleyrand lo que había de ingratitud en su conducta y en la de Luis XVIII hacia el emperador de Rusia. « Cuando perdió el favor de los Borbones, Talleyrand se complacía en decir, en su salón tapizado de verde de la calle San Florentino : Aquí se hizo la Restauración. Hubiese debido añadir : ... gracias al emperador Alejandro » (pág. 130); su ardor en pedir, para la Francia, « el permiso de derramar su sangre por el rey... de Sajonia » (pág. 136).

rechazar este convenio, Talleyrand parece al historiador cómplice de la política inglesa que deseaba volver «contra la frontera francesa la punta de la espada prusiana (1)».

¿No habría sido posible y hasta probable — tanto, por lo menos, como las ventajas del convenio rechazado — que la espada prusiana afilase mejor su punta y se tornase más rápidamente amenazadora para la Francia, porque su alejamiento de ésta le permitiese consumir más rápidamente su unidad nacional ?

Por lo demás, Sorel responde admirablemente a esa objeción. Además, la magistral obra de Houssaye contiene un error material que, aunque leve, subsiste en las más recientes ediciones (2) y que no sabemos le haya sido puntualizado.

Refiere Houssaye: «Los soberanos y los ministros de los pequeños estados que consideraban a Talleyrand como a su defensor y lo veían en particular, fueron vituperados. — ¿Ve usted al príncipe de Talleyrand ? preguntó cierta vez el rey de Baviera al ministro de Portugal. — A veces, majestad. — Yo también, replicó el rey, querría verlo más a menudo ; pero no me atrevo. »

En primer término, esa referencia no está transcrita de la fuente citada preferentemente en la nota respectiva (*Memoria de Gentz en Metternich*, págs. 482-483).

La memoria de Gentz sobre el Congreso de Viena está en el volumen II de las *Memorias y documentos*, edición Plon. En ninguna de las dos páginas indicadas (482, 483) se halla la anécdota ni tampoco en la memoria citada. Se encuentra, en cambio, en la carta de Talleyrand a Jaucourt, del 28 de octubre de 1840 (3); pero — nuevo error de Henry Houssaye — el interlocutor del rey de Baviera es de Salvador, ministro de España y no de Portugal.

Todo ello sin desconocer, ni por un segundo, los méritos su-

(1) *Ídem*, página 137.

(2) Poseemos dos ediciones, la 59ª y la 68ª (1911 y 1914), que consignan el mismo pasaje erróneo en la misma página 127.

(3) PALLAIN, *Correspondance inédite de Talleyrand et de Louis XVIII*, página 61.

periores que compensan holgadamente en la obra histórica de Henry Houssaye a estos escasos deslices documentales.

Alberto Sorel (1) se ha ocupado reiteradamente de Talleyrand, sea en *La Europa y la Revolución francesa* (2); en el capítulo I del tomo X de la *Historia general*, redactada colectivamente bajo la dirección de Lavissee y Rambaud; en las *Lecturas históricas* (3); en los *Ensayos de historia y de crítica* (4).

El estudio de Sorel más interesante para esta monografía es el que tiene el mismo título y tema que ella: «Talleyrand en el Congreso de Viena», recopilado en la última de las obras suyas precitadas.

No es un alegato hecho a base de imputaciones rencorosas, como el de Ollivier, ni un cuadro pintoresco, complacientemente anecdótico como el de Houssaye; es un estudio diplomático, en que se abandona al hombre «sacrificado... después de la terrible anatomía de Sainte-Beuve que ha desnudado todas las taras, sondeado todas las llagas secretas y descubierto el esqueleto», para considerar al político y al negociador.

La parte más novedosa del penetrante estudio de Sorel es la referente a las alianzas contraídas en Viena por Talleyrand y para la Francia.

Es la objeción que le vimos formular ya a Michelet, Thiers y a Henry Houssaye; Sorel la encuentra, aún más lejos y más enérgicamente formulada, en el abate de Pradt.

Sorel demuestra que las ventajas que pudo obtener la Francia de la alianza con la Rusia y la Prusia son dudosas; más aún, que se puede tener la certidumbre (5) de que esas ventajas no se habrían producido.

(1) Sobre Alberto Sorel pueden consultarse: LANZAC DE LABORIE, *Essais historiques et biographiques*, páginas 221 a 253, los discursos pronunciados por Mauricio Donnay y Pablo Bourget, en la Academia francesa, el 19 de diciembre de 1907.

(2) Especialmente en el volumen VIII.

(3) *Talleyrand et ses mémoires*.

(4) Páginas 55 a 93.

(5) *Ídem*, página 86.

Lejos de perder, la Francia, con el mantenimiento territorial de la Sajonia, ha ganado, pues gracias a ello se ha evitado que la Prusia, que se habría convertido desde ese momento en la potencia más « rica en súbditos germanos de la Alemania », no precipitase su unidad; en vez de retrasarla, como lo hizo el Congreso de Viena, en los sesenta años que necesitó aquella potencia para realizar su obra de concentración nacional (1).

Prueba Sorel perentoriamente que la política que se lamenta no haya sido la de Talleyrand, era imposible. En efecto, el primer acto de Napoleón, cuando regresó de la isla de Elba, fué intentar con la Rusia el acuerdo que desestimaron los Borbones, sin obtenerlo. No bien se volvió a sospechar en la Francia la posibilidad de un retorno a la política conquistadora, los prusianos aportaron a la lucha un ardor que evidencia cuán cierto estuvo Talleyrand en asumir la actitud desinteresada — hiciese o no de necesidad virtud — y legitimista que desarmó las desconfianzas de los aliados contra la Francia y le permitió a ésta recuperar su rango dentro de Europa.

Al lado de maestros en la historia científica como Sorel y Houssaye, de evocadores tan prestigiosos como Ollivier, Emile Bourgeois y Debidour no pueden menos de figurar harto borrosamente (2). Profesores ambos de la Universidad de París, han reunido los resultados de su enseñanza en obras estimables, pero grisáceas y más de recopilación que de búsqueda original, excepto para los puntos de su especialidad (3).

Estos historiadores sólo ofrecen de original la disposición de los capítulos por ellos dedicados al tema de esta monografía, limitándose, en cuanto al resto, a glosar las opiniones y documentos expuestos ya por otros.

(1) *Ídem.*

(2) BOURGEOIS, *Manuel historique de politique étrangère*, 3 volúmenes; DEBIDOUR, *Histoire diplomatique de l'Europe (1814-1878)*, 2 volúmenes.

(3) Esos puntos son la política exterior de la Regencia, para Bourgeois (sobre la que tiene los tres volúmenes notables de *La diplomatie secrète au XVIII siècle*), y las relaciones entre la Iglesia y la Francia, para Debidour (*Histoire des rapports de l'Église et de l'État*, 1 vol.), en que utiliza los cursos dictados por él en la Universidad de París, 1909 a 1913 (*Revue des cours et conférences*).

Tratáse, pues, de manuales estimables, a los que dada su circulación europea, no podíamos omitir en este ensayo.

## VI

### LOS INFORMES DE LA POLICÍA VIENESA SOBRE EL CONGRESO

Durante toda la duración del congreso el barón de Hager, jefe de policía y censor, envió informes secretos al emperador de Austria, sobre la conducta, correspondencia y coloquios de las personalidades extranjeras congregadas por el acontecimiento. No conocemos el nombre ni la índole moral de la mayoría de los funcionarios policiales empleados en la tarea; pero podemos suponer que esos informes confidenciales sufrieron a menudo una magnificación de las incidencias averiguadas, por el deseo, presumible y profesional en los espías de evidenciar o exagerar el celo del que están poseídos.

La edición más completa de esos informes (1), la del comandante Weil, contiene cerca de tres mil, copiados de los archivos del ministerio del interior vienés.

Buena parte de esos informes tiene las características de la buena fe más inequívoca y de la objetividad más absoluta. Se refiere a visitas hechas o recibidas por Talleyrand (2) y a las medidas tomadas para vigilarlo, adormeciendo sospechas ya despiertas en él (3).

Excepto algunos de los soberanos residentes por entonces en Viena, ningún diplomático era tan celosamente vigilado como el príncipe de Talleyrand. Se recogen sus palabras (4); se siguen sus progresos en el espíritu de los demás emisarios y en el del público (5).

(1) *Les dessous du Congrès de Vienne*, 2 volúmenes, editor Payot, 1917. Existe, asimismo, una edición alemana y anterior de August; FOURNIER, *Die Geheim polizei auf dem Wiener Kongress*, Wien und Leipzig, 1913.

(2) Despachos 308, 324, 328, etc.

(3) Despacho 439.

(4) Despachos 188, 292, 297, 312, 1511, etc.

(5) Despachos 470, 1256, 1342, 1415, etc.

En esos informes, que pasaban o podían pasar por las manos de Metternich, se advierte con qué libertad de lenguaje juzgaba por entonces Talleyrand (1) al que, en opinión de Ollivier, « le pagaba ».

Y no hay ninguna, absolutamente ninguna nota referente al pago de las coimas que se le enrostran a Talleyrand. Lo que no supone que no hayan existido, pero contrapesa, cuando menos, las acusaciones interesadas de venalidad que se han hecho al personaje.

Por lo demás, los que se encarnizan con la representación rencorosa y discutible que se nos ha legado de Talleyrand, olvidan de sobra que la época en que viven domina a los hombres, y que no fué únicamente la gloria lo que el general Bonaparte prometió a sus soldados en su primer proclama de Italia, sino los zapatos, vestidos, y pan de que carecían. Esa proclama abre un ciclo histórico cuyas culpas no pueden recaer únicamente sobre Talleyrand, una época que se caracteriza por el ansia de las riquezas y de los placeres que nubló la revolución.

Lo que no puede menos de reconocerse a Talleyrand, y los nuevos documentos no hacen sino confirmarlo, es haber discernido sagazmente los intereses permanentes de la Francia y de la Europa y haberlos defendido con inteligencia.

Se refiere que, cierta vez, en defensa de su sobrina, la duquesa de Dino, Talleyrand exclamó piadosamente: Señores, no exageremos. Hay todavía vicios que la pobre no tiene.

¿Para qué achacarle a nadie, y menos a Talleyrand, tan generosamente provisto, más culpas de las que realmente ha cometido?

Y pese a los críticos tenaces de su política de Viena: nunca el astuto diplomático estuvo mejor inspirado que entonces.

JOSÉ A. ORÍA.

(1) Despacho 635.

BIBLIOGRAFÍA

- M. G. PALLAIN, *Correspondance du prince de Talleyrand et de Louis XVIII. Mémoires et documents laissées par le prince Metternich*, 8 volúmenes.
- PIERRE ALBIN, *Les grands traités politiques. Lettres du prince de Metternich. Mémoires pour servir à l'histoire de France sous le règne de Napoléon. Mémorial de Sainte-Hélène*, par le conte de Las Cases.
- Napoléon en exil, ou l'écho de Sainte-Hélène*, par Bary E. O. Méara.
- DUCHESSA DE DINO, *Chronique de 1831 à 1872*, 4 volúmenes (1<sup>o</sup> y 2<sup>o</sup>).
- Mémoires de la comtesse de Boigne*, 4 volúmenes.
- PRINCE DE LIGNE, *Memoires. Mémoires de la duchesse d'Abrantes* (2<sup>o</sup> vol.).
- VILLEMAM, *Souvenirs contemporains d'histoire et de littérature*, volumen I.
- Mémoires de Barras*, membre du directoire, publiés par George Duruy, 4 volúmenes.
- CONTE A. DE LA GARDE-CHAMBRONAS, *Souvenirs du Congrès de Vienne (1814-1815)*.
- BERNARD DE LACOMBE, *Talleyrand, Eveque d'Autun. La vie privée de Talleyrand*, en EMILE OLLIVIER, *L'Empire libéral*, 17 volúmenes (1<sup>er</sup> vol.).
- LOUIS MADELIN, *Fouché (1759-1820)*.
- LOUIS MADELIN, *La Révolution*.
- A. SOREL, *Éssais d'histoire et de critique. A. SOREL, Lectures historiques. LOUIS MADELIN, France et Rome. DUC DE BROGLIÉ, Histoire et politique. A. DEBIDOUR, Histoire diplomatique de l'Europe* (1<sup>er</sup> vol.).
- L. DE LENZAC DE LABORIE, *Paris sous Napoléon. La cour et la ville. Henry Houssaye, 1815*, 3 volúmenes (1<sup>o</sup>).
- EMILE BOURGEOIS, *Manuel historique étranger*, 3 volúmenes (2<sup>o</sup>).
- J. MICHELET, *Révolution française. Du 18 Brumaire à Waterloo*.
- CARLO SAMBUCCO, *Pagine di storia. ERNESTO MASI, Nell'Ottocento. La vita italiana nel Risorgimento (1815-1831)*.
- CARLOS TIVARONI, *Storia critica del Risorgimento italiano* (volumen precitado).
- PIETRO ORSI, *L'Italia moderna. MICHELE ROSI, Storia contemporanea d'Italia dalle origine del Risorgimento ai giorni nostri. ARMAS J. CÁRDENAS, Historia y literatura. ITALO RAULICH, Storia del Risorgimento politico d'Italia*, volumen I.
- P. DESCHANEL, *Orateurs et hommes d'état. GUSTAVE GEFFROY, Chroniques d'avant guerre.*